Las corrientes revolucionarias y la Soberana Convención

Felipe Arturo Ávila Espinosa, *Las corrientes revolucionarias y la Soberana Convención*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México/El Colegio de México/H. Congreso del Estado de Aguascalientes, XLII Legislatura/Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2014, 524 p.

Es de celebrarse la publicación de este libro por varias razones. Primero por lo oportuno, al aparecer justo en el centenario de la Convención. En segundo lugar, porque el trabajo de Felipe Ávila, permite reflexionar más amplia y profundamente sobre este acontecimiento histórico y su impronta, tanto en el proceso de la Revolución mexicana, como en el Estado que surgió posterior a dicho proceso. En efecto, el conocimiento que Ávila ha desarrollado sobre esta temática, produce una historia detallada del contexto en que surge esta reunión plenaria de la Revolución en 1914, definida así misma como la asamblea del “pueblo en armas”. Al mismo tiempo, el autor nos conduce por los entretelones del escenario en que diferentes grupos y corrientes revolucionarias dieron vida a la Soberana Convención; haciendo de este espacio –en Aguascalientes sobre todo– su nuevo campo de batalla, priorizando ideas y proyectos en vez de las armas y la estrategia militar.

La Soberana Convención de Aguascalientes en 1914, representa un punto de inflexión en el proceso revolucionario que había triunfado contra la usurpación huertista. Sería el intento más serio –aunque, infructuoso a la postre– de superar diferencias ideológicas y políticas, conciliar intereses e integrar un solo programa revolucionario. Pero como sabemos, también representa el *momentum*

en que una revolución triunfante se divide y luego se convierte en guerra civil, en abierta disputa por la nación y el poder del Estado, entre fuerzas político-militares que terminan agrupándose en bloques confrontados. Con la Convención y sus resultados se abre otra sangrienta fase en el largo proceso revolucionario mexicano.

Y Felipe Ávila nos ofrece las pistas y los datos para comprender estos acontecimientos, a partir de los orígenes sociales de los distintos ejércitos revolucionarios y de la ideología que portaban las diferentes corrientes políticas, decantadas más claramente a partir de esta asamblea. La composición de clase y la visión del mundo del constitucionalismo, del villismo y del zapatismo, explican con mucho sus trayectorias y el porqué de sus diferencias o contradicciones. Nos referimos al sustrato que sostiene y da vida a los diferentes sujetos de la revolución y sus proyectos en este turbulento episodio.

En lo que a nosotros respecta, resulta particularmente interesante el estudio del constitucionalismo, por ser esta expresión revolucionaria la que arraiga en el noreste mexicano, convirtiéndose en hegemónica en la entidad tamaulipeca. Como resalta Ávila en este libro, la base social de esta corriente la integraban rancheros, peones, mineros, clases medias del campo y las ciudades, pero también hacendados y antiguos políticos reyistas como el propio Venustiano Carranza. Este dato histórico y la ideología estampada en el *Plan de Guadalupe* con notoria ausencia de contenido social, propició un reformismo político limitado que incluso incomodaba a seguidores radicales como Lucio Blanco y Francisco J. Múgica, entre otros.

A diferencia de las corrientes villista y zapatista, más radicales, que representaban una revolución social en ascenso; el constitucionalismo –tal vez sería mejor decir el carrancismo–, se presentaba como expresión de una revolución política cuyas banderas

no iban más allá de la restauración constitucional y la defensa de la legalidad.

La ideología, es definida por nuestro autor, como el conjunto de ideas, planteamientos, propuestas y manifestaciones que denotaban el proyecto social, político y económico de cada corriente revolucionaria, o sea lo que llamamos su proyecto de nación y la forma de representarse la realidad para actuar sobre ella. La ideología del constitucionalismo, por tratarse de un movimiento altamente centralizado, se puede conocer a través del pensamiento político y social de su jefe principal Venustiano Carranza, quien profesaba un liberalismo moderado, en muchos sentidos conservador, si bien nacionalista y reformador, con un profundo sentido del Estado y muy influido por Bernardo Reyes. Desde el principio, el *Plan de Guadalupe* fue elemento central en la ideología constitucionalista, de él derivó un movimiento político-militar inspirado en el restablecimiento del orden constitucional y que no pretendía ir más allá. Su universo ideológico, conceptual y programático era la Constitución de 1857, por lo que se definía como un levantamiento armado para restablecer el marco jurídico roto por Huerta. A este pretendido legalismo habría que agregarle el rechazo del primer jefe constitucionalista, tanto a la democracia, como a la reforma agraria y en general a las reformas sociales radicales, pregonadas por las corrientes plebeyas de Emiliano Zapata y Francisco Villa. Así, Carranza era visto por villistas y zapatistas como un antiguo político ambicioso y conservador más que como un jefe revolucionario.

Estas contradicciones ideológicas más las diferencias políticas, en el marco de una fuerte disputa por el poder, aunadas a la animadversión personal entre Carranza y Villa, dieron al traste con uno de los principales objetivos planteados por la Convención: la unidad de

todos los grupos revolucionarios para iniciar juntos la transformación del país y sentar las bases de las nuevas instituciones nacionales.

No obstante este fracaso, la Soberana Convención rindió otros frutos tangibles. Integrada por constitucionalistas, villistas y zapatistas, cuyos representantes e intelectuales, enfrascados en intensos y apasionados debates fueron capaces de llegar a ciertos acuerdos mínimos para transitar a otra etapa; por ejemplo, dejar de lado los caudillismos y erigir un gobierno convencionista de compromiso, para evitar nuevo derramamiento de sangre. Fue Carranza quien se opuso a estos acuerdos, los rechazó y se colocó en rebeldía, desconociendo a esta instancia soberana. Dicha actitud obligó a una recomposición en las filas constitucionalistas: el grupo de pacificadores encabezado por Álvaro Obregón terminó agrupándose con el primer jefe, mientras una ala izquierda representada por Lucio Blanco, Rafael Buelna y Eulalio Gutiérrez –nombrado presidente provisional en Aguascalientes– se mantuvieron, aunque no por mucho tiempo participando en la ruta de la Convención. Adoptar un programa mínimo de la revolución, fue otro acuerdo digno de ser destacado, que a pesar de sus evidentes limitaciones frente a los grandes problemas nacionales, incorporaba entre otros temas, la destrucción del latifundio, la entrega de tierras a individuos y pueblos despojados, la independencia municipal y hasta la adopción del parlamentarismo.

El momento cumbre de la Convención es representado por la entrada de los ejércitos campesinos en la Ciudad de México. El 4 de diciembre de 1914 se firmaba el *Pacto de Xochimilco* entre Zapata y Villa, o el Ejército Libertador del Sur y la División del Norte. El día 6 del mismo mes y año, 50 mil hombres en armas desfilaban por las calles de la Ciudad y al frente sus legendarios jefes militares, ante la expectación de los capitalinos. Sin embargo, esta demostración de

poderío de la revolución social no fue suficiente para sortear la etapa que se abría en el horizonte. Las dificultades para mantener la ofensiva militar, las discrepancias políticas, la falta de un mando unificado y los desaciertos en la conducción del proceso, fueron obstáculos insalvables para el triunfo de las fuerzas convencionistas. Pero la Convención, con todas sus limitantes y contradicciones, resulta una evidencia histórica de primer orden en el proceso revolucionario, el germen de un estado social, democrático y parlamentario que no fue posible en este tiempo, pero tampoco fue sepultado por completo.

Felipe Ávila, en forma magistral, nos muestra un amplio panorama de todo este acontecer. Su libro, es un pormenorizado análisis de las diferentes corrientes revolucionarias, así como de su actuación y posicionamientos en las agitadas sesiones de la Convención y sus corrillos. Primero en la Ciudad de México, luego en Aguascalientes, donde tiene su momento estelar, para continuar, tras la división en sus filas, por otras partes del Estado de México y Morelos. El texto de Ávila es el relato sustanciado del proceso que posibilitó la integración de dicha asamblea revolucionaria, pero también de sus límites y ruptura. Es una narrativa de excelente factura que reconstruye un pasado memorable y vuelve a dar vida al cenit de una revolución victoriosa, que se divide presa de sus contradicciones y abre una sangrienta guerra civil, que sólo termina con la derrota militar de los ejércitos convencionistas de Zapata y Villa, cuyo significado resulta ser el sofocamiento de una revolución campesina que no obstante, siguió viva por mucho tiempo en las luchas sociales del pueblo mexicano. Como lo prueban, las gestas de Rubén Jaramillo a mediados del siglo XX y la irrupción de los indios chiapanecos del EZLN, desde los años noventa.

Pedro Alonso Pérez
Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Autónoma de Tamaulipas